

SANTIAGO MADRIGAL, SJ*

EL LIDERAZGO CARISMÁTICO DE SUENENS Y LERCARO EN EL VATICANO II

Fecha de recepción: octubre de 2014

Fecha de aceptación y versión final: diciembre de 2014

RESUMEN: Este estudio analiza la actuación de los cardenales Suenens y Lercaro en la marcha del Concilio Vaticano II: en diciembre de 1962, al final de la primera etapa, Suenens propuso un plan de conjunto, centrado en la Iglesia *ad intra* y la Iglesia *ad extra*, es decir, sobre el ser y la misión de la Iglesia; por su parte, Lercaro habló de la Iglesia de los pobres como tema del Concilio. La aportación de estos dos líderes de la mayoría permite reconstruir el espíritu y la dinámica interna del Vaticano II.

PALABRAS CLAVE: Concilio Vaticano II, moderadores, *Lumen gentium*, *Gaudium et spes*, Iglesia en el mundo.

The charismatic leadership of Suenens and Lercaro at Vatican II

ABSTRACT: This study analyzes the performance of cardinals Suenens and Lercaro at Vatican II: on December 1962, ending the first Period, Suenens proposed an overall plan, focusing on the Church *ad intra* and *ad extra*, i.e., on the being and mission of the Church; meanwhile, Lercaro talked about the Church of the poor as the main theme of the Council. The contribution of these two leaders of the majority allows us to rebuild the spirit and the internal dynamics of Vatican II.

* Profesor de Teología de la Universidad Pontificia Comillas; smdrigal@teo.up-comillas.es.

KEYWORDS: Council Vatican II, moderators, *Lumen gentium*, *Gaudium et spes*, Church in the world.

Los cincuenta años que han transcurrido desde la inauguración y la clausura del Concilio Vaticano II (1962-1965) nos han dejado un buen número de publicaciones sobre la historia del acontecimiento y sobre la interpretación de sus documentos, sobre su recepción y sobre su hermenéutica. Un primer acceso al acontecimiento eclesial más importante del siglo XX lo ofrecían y lo siguen ofreciendo las historias de los concilios ecuménicos¹. Por otro lado, contamos con la historia del Concilio Vaticano II, un proyecto internacional iniciado en 1989 y concluido en 2005, al amparo del Instituto de Ciencias Religiosas de Bolonia, bajo la dirección de Giuseppe Alberigo. A día de hoy ya existe una traducción a la lengua castellana de esta obra en cinco volúmenes que es, a pesar de sus límites, un verdadero punto de referencia². Esta obra corresponde a la memoria de los historiadores, una corriente que fluye junto a la memoria de la Iglesia, plasmada en los documentos oficiales, que han vuelto a ser objeto de estudio y explicación³. Finalmente, para el conocimiento del significado del legado y de la obra conciliar es necesario prestar atención a la memoria de sus testigos y protagonistas⁴.

Entretanto, todos estos esfuerzos siguen en marcha, espoleados por el reto impercedero de conocer a fondo el Concilio. En los últimos años ha florecido un interés especial en el análisis de la actuación de sus protagonistas⁵. Este trabajo se sitúa conscientemente en esta línea

¹ K. SCHATZ, «Concilio y *aggiornamento*: el concilio Vaticano II (1962-1965)», en Id., *Los concilios ecuménicos. Encrucijadas en la historia de la Iglesia*, Trotta, Madrid 1999, 247-312. G. ALBERIGO, *Breve historia del concilio Vaticano II*, Sígueme, Salamanca 2006. J. W. O'MALLEY, *¿Qué pasó en el Vaticano II?*, Sal Terrae, Santander 2012.

² G. ALBERIGO (dir.), *Historia del Concilio Vaticano II*, I-V, Sígueme, Salamanca 1999-2008.

³ P. HÜNERMANN - B. J. HILBERATH (eds.), *Herders Theologischer Kommentar zum Zweiten Vatikanischen Konzil*, I-V, Herder, Friburgo-Basilea-Viena 2004-2005.

⁴ A. STACPOOLE (ed.), *Vatican II by those who were there*, Geoffrey Chapman, Londres 1986. J. GROOTAERS, *Actes et acteurs à Vatican II*, Peeters, Lovaina 1998. Íd., *I protagonisti del Vaticano II: Giovanni XXIII, Paolo VI, Bea, Colombo, Döpfner, Felici, Garrone, König, Lercaro, Maximus IV, McGrath, Ottaviani, Parente, Ruffini, Suenens, Wyszynski*, San Paolo, Milán 1994.

⁵ Véase el exhaustivo elenco con más de 400 nombres de M. QUISINSKY / P. WALTER (eds.), *Personenlexikon zum Zweiten Vatikanischen Konzil*, Herder, Freiburg-Basel-Wien 2013.

de investigación, con la intención de reconstruir la historia del Vaticano II desde la actuación de dos preladados, los cardenales Suenens y Lercaro, cuyo liderazgo está fuera de toda duda, y pueden ser considerados como dos artesanos del espíritu de la asamblea eclesial que indica la hoja de ruta al cristianismo del siglo XXI.

1. LA MESA DE LOS MODERADORES: AGAGIANIAN, SUENENS, DÖPFNER, LERCARO

Ya antes de su elección Pablo VI se había quejado de la falta de organización y de la ausencia de dirección en la marcha de Concilio. En su discurso programático del 29 de septiembre de 1963 fijó cuatro objetivos al Concilio: la noción de Iglesia, su renovación, la restauración de la unidad entre los cristianos, el diálogo con el mundo. Al día siguiente, en la primera congregación general, el secretario Felici anunció varios cambios en el Reglamento del Concilio; entre ellos, la decisión de poner al frente del Vaticano II a cuatro «moderadores», a saber, los cardenales Agagianian, Suenens, Döpfner y Lercaro. De esta forma, el Papa Montini instituyó un nuevo órgano directivo. Este equipo de cuatro purpurados ha actuado conjuntamente, si bien cada uno de ellos por separado ha desempeñado una tarea específica, singular y simbólica en el despliegue del acontecimiento conciliar.

Comencemos echando una primera mirada a la composición de aquel colegio con ayuda del libro de memorias del cardenal Suenens; en estos recuerdos ha anotado los comentarios que corrían entre los obispos tal y como luego han sido aireados y divulgados por los periodistas:

«A cada uno le atribuían el nombre de un evangelista: el cardenal Agagianian, de origen oriental, pasaba por “S. Juan”, un poco aparte de los otros tres (Lercaro, Döpfner y Suenens), calificados de “sinópticos” a causa de su concordancia. Debo decir que los “sinópticos” no tuvieron nunca la menor dificultad con “san Juan”, y que conservo un recuerdo muy bueno de este conciliador colega»⁶.

Según refiere el cardenal de Malinas-Bruselas, el beato Pablo VI conocía esta historia y al final del Concilio les regaló una campanilla de bronce con los cuatro evangelistas en bajorrelieve. A diferencia de

⁶ L. J. SUENENS, *Recuerdos y esperanzas*, EDICEP, Valencia 2000, 160.

Agagianian y Lercaro, que hasta el momento de convertirse en moderadores no habían estado involucrados en la dirección del Concilio, Suenens y Döpfner habían formado parte de la Comisión central preparatoria, del Secretariado para Asuntos extraordinarios y de la Comisión de Coordinación. Es un hecho que Suenens ha resaltado en su diario: «Yo fui el único, junto con el cardenal Döpfner, que seguí siendo miembro del órgano de dirección del Concilio desde el principio al final, lo que representaba un puesto privilegiado para seguir la marcha de los trabajos»⁷.

Con todo, en este estudio vamos a resaltar la función de liderazgo de los cardenales Suenens y Lercaro, que se hizo muy notoria al final de la primera etapa conciliar con sus vibrantes discursos encaminados a fijar la orientación básica del Concilio: Suenens, el estratega, defendió un programa en torno al binomio Iglesia *ad intra* e Iglesia *ad extra*, Lercaro, con vigor profético, disertó sobre la Iglesia de los pobres. Vamos a recuperar esa doble fuerza inspiradora del Vaticano II.

En septiembre de 1959, Monseñor Suenens, entonces obispo auxiliar de Malinas, hizo una visita al cardenal Lercaro, para comprobar personalmente las iniciativas pastorales emprendidas en Bolonia. Aquella ciudad y aquella diócesis eran el prototipo de los procesos de industrialización, del éxodo del campo a la ciudad, donde se habían afincado las organizaciones sindicales y predominaban los partidos de izquierda. Aquellas iniciativas apostólicas habían tenido resonancia fuera de Italia. Poco sabemos de aquel encuentro, que fue seguramente la primera ocasión para conocerse personalmente. Podemos suponer que los dos obispos intercambiaron impresiones acerca de aquel proyecto, aún bastante vago, de un concilio ecuménico⁸.

Giacomo Lercaro (1891-1976), una figura típica del episcopado italiano creado por Pío XII, estaba convencido de la importancia del apostolado litúrgico. A su juicio, una de las causas más importantes del alejamiento de las clases populares de la Iglesia era una liturgia desencarnada de la vida de la gente. Por ello fue un decidido promotor de una liturgia viva y participada, que sostuviera la vida espiritual de los fieles y de la comunidad diocesana y reforzara asimismo la actividad apostólica.

⁷ *Ibid.*, 75.

⁸ G. TURBANTI, «L.-J. Suenens, G. Lercaro e G. Dossetti», en D. DONNELLY - J. FARMERÉ - M. LAMBERIGTS - K. SCHELKENS (eds.), *The Belgian Contribution to the Second Vatican Council*, Peeters, Lovaina 2008, 255-258.

Probablemente, este empeño y esta estrategia es lo que había cautivado al joven obispo auxiliar de Malinas-Bruselas y le había llevado hasta Bolonia. Léon-Joseph Suenens (1904-1996), después de su formación en Roma y su paso por Lovaina, seguía muy preocupado por los retos que el mundo moderno venía planteando a la Iglesia. Por ello había emprendido viajes por Europa y quiso conocer de primera mano la situación francesa y las iniciativas de Suhard y Feltin ante el problema de la des-cristianización de las masas obreras en las grandes ciudades, un verdadero desafío a la eficacia y los métodos tradicionales de apostolado. Fruto de esa preocupación es su obra *La Iglesia en estado de misión* (1955).

En las vísperas del Concilio, Lercaro y Suenens, eran dos exponentes de esa necesidad sentida de una renovación pastoral. El arzobispo de Bolonia era una figura prominente por su empeño en el movimiento litúrgico, por sus iniciativas sociales y por su red de relaciones exteriores, fuera de Italia. Sin embargo, a pesar de su notable formación litúrgica fue excluido de los trabajos preparatorios del concilio, incluso de la comisión litúrgica preparatoria. Por su parte, el entonces obispo auxiliar de Malinas formó parte de la Comisión preparatoria de los obispos y, más tarde, de la Comisión central preparatoria. El Vaticano II les ofreció la posibilidad de una estrecha colaboración. No son pocos los que piensan que la contribución personal del cardenal Suenens, «estratega y carismático», es la más importante, sin parangón con ningún otro padre conciliar⁹. Quisiéramos ponerla al lado de la aportación también sobresaliente del cardenal Lercaro, desde la certeza de que su comparación ofrece lecciones interesantes acerca de la dinámica interna del Concilio.

2. EL CARDENAL SUENENS: UN PROYECTO ORGÁNICO PARA EL CONCILIO VATICANO II

Léon Joseph Suenens se resistió repetidas veces a escribir sus *memorias*. Unas veces, razones de pudor personal, y otras, razones de prudencia, se lo fueron desaconsejando. Finalmente, optó por dejarse llevar libremente por los *recuerdos* de una dilatada vida que había comenzado el 16 de julio de 1904 en Ixelles, un suburbio de Bruselas. La celebración

⁹ J. GROOTAERS, *Actes et acteurs à Vatican II*, o.c., 314-325: «La mise en perspective du concile est due en grande partie à un seul homme et cet homme fut le cardinal Suenens» (316).

del Concilio Vaticano II ocupa el centro de esta autobiografía que vio la luz en 1991 con el título de *Souvenirs et espérances*. Suenens puso por escrito aquellos recuerdos cuando habían transcurrido varias décadas, de modo que reflejan los acontecimientos conciliares filtrados en el tamiz selectivo de la memoria¹⁰. Antes que nada recogeremos aquellos datos de su biografía pre-conciliar que explican su visión del Concilio así como su actuación personal en su desarrollo. Nuestra relectura de estas memorias comienza espigando su preparación para aquel gran *acontecimiento*, que ha descrito de forma retrospectiva en estos términos:

«En torno al Concilio reinaba una atmósfera difícil de describir a quienes no vivieron las sesiones. El Concilio, antes de ser un conjunto de textos discutidos, examinados con lupa y votados por la práctica unanimidad en lo que se refiere a los textos mayores, fue un acontecimiento. Fue un soplo del Espíritu Santo, un soplo de renovación y, al mismo tiempo, un encuentro fraterno entre obispos del mundo entero. De este modo se crearon gran cantidad de vínculos»¹¹.

A) PREPARACIÓN REMOTA PARA EL ACONTECIMIENTO CONCILIAR

Huérfano de padre a los cuatro años, este hijo único fue criado y educado por su madre viuda con ayuda de una renta modesta. Sus estudios primarios los realizó con los maristas; la secundaria la cursó en el Instituto Santa María de Schaarbeck, cerca de Bruselas, regido por sacerdotes diocesanos. Nuestro prelado confiesa haber sentido de niño la vocación al sacerdocio, una opción que confirmó al final de sus estudios desechando una sustanciosa oferta profesional de unos parientes ricos instalados en los Estados Unidos. Con quince años desarrolló un apasionado interés por la política, de modo que si no hubiera sido sacerdote, hubiera seguido la profesión de político. Por otro lado, su vida como seminarista se vio tocada por una adversidad providencial.

¹⁰ Una breve biografía al hilo de *Souvenirs et espérances* ofrece D. CLAES, «Cardinal L.J. Suenens and G. Lercaro and the Second Vatican Council», en *The Belgian Contribution to the Second Vatican Council*, 234-239. K. WITTSTADT, «Léon-Joseph Suenens und das II. Vatikanische Konzil», en E. KLINGER - K. WITTSTADT (eds.), *Glaube im Prozess: Christsein nach dem II. Vatikanum*. FS K. Rahner, Herder, Freiburg 1984, 159-181; esp. 160-166. J. GROOTAERS, *I protagonisti del Vaticano II*, o.c., 229-243. E. HAMILTON, *Cardinal Suenens: A Portrait*, Hodder and Stoughton, Londres 1975.

¹¹ L. J. SUENENS, *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 158-159.

Lo normal era empezar los estudios de filosofía y teología en el seminario de Malinas, que no tenía rango universitario. En el caso de los alumnos sobresalientes, como el del joven Suenens, que había obtenido excelentes resultados académicos en la sección de humanidades greco-latinas, el obispo se reservaba la posibilidad de enviarlos a la universidad de Lovaina. Sin embargo, el cardenal Mercier se equivocó y designó a otro condiscípulo; para deshacer esa injusta confusión decidió que aquel seminarista hiciera sus estudios en Roma. En su primera conversación el arzobispo de Malinas, fundador del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina, le anticipaba un prometedor futuro como profesor. Aquel suceso marcó decisivamente la historia personal de Suenens, de modo que aquella primera y larga estancia en la Ciudad eterna, que transcurrió entre 1921 y 1929, le concedió una familiaridad con el medio romano que le «resultó preciosa durante la celebración del Concilio»¹².

El joven seminarista vivió durante aquellos años en el Colegio Belga, que alojaba a una veintena de estudiantes candidatos al sacerdocio. Allí tuvo como compañeros a futuros obispos, como A. Charue, C. Himmer; G. van Zuylen, E. De Smedt, que fueron algunos de los puntales de la influyente «squadra belga» durante el desarrollo del Vaticano II. Allí ha conocido también a G. Philips, estudiante de la Gregoriana y futuro profesor de la Universidad de Lovaina. Aquellos estudios universitarios romanos le resultaron demasiado escolásticos y librescos; no obstante, el Colegio Belga ofrecía un marco estimulante para la formación; por allí pasaban personalidades como el misionero Vincent Lebbe, o Lambert Beauduin. Este sabio benedictino, fundador del movimiento litúrgico y pionero del ecumenismo católico, ocupa un lugar especial en sus recuerdos por ser el primero en haberle hecho descubrir el lugar y el papel del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. En sus encuentros, entre 1922-1924, el aplicado seminarista le escuchaba hablar de los Padres griegos, de la teología trinitaria, del Espíritu Santo.

Al repasar y tomar conciencia de la acción carismática del Espíritu, junto al nombre de Beauduin, —exiliado por sus propios superiores por las expectativas ecuménicas formuladas en el ensayo *La Iglesia anglicana unida, no absorbida*—, aflora en sus recuerdos la figura del cardenal Mercier, el impulsor de las Conversaciones de Malinas, y también la de V. Lebbe, el misionero lazarista que había preconizado para China un

¹² *Ibid.*, 24.

clero indígena. Y escribe al respecto: «Las tensiones que vivieron estos tres precursores en su lucha con la Iglesia institucional de su tiempo, me marcaron de forma profunda. Me parece que fue este trasfondo psicológico el que me hizo elegir, al ser elegido obispo en 1945, la divisa *in Spiritu Sancto*»¹³.

Hasta el momento de su nombramiento episcopal, Suenens desempeñó tareas docentes. Tras concluir en 1929 sus estudios de filosofía, teología y derecho canónico en la Universidad Gregoriana, donde obtuvo el doctorado, el cardenal J. E. van Roey, sucesor de Mercier, le destinó a ser profesor de filosofía en el seminario mayor de Malinas, actividad que desempeñó durante una década (1930-1940). La experiencia de un régimen de vida rígido y cerrado, con una disciplina uniformadora, hizo nacer en él el sueño de una mejor pedagogía y preparación de los seminaristas más adaptada a su futura misión sacerdotal. Esta tarea de revisión de la formación presbiteral será uno de los temas conciliares.

Al poco de estallar la segunda guerra mundial, en agosto de 1940, el cardenal le comunicó que los obispos de Bélgica le habían designado vicerrector de la Universidad de Lovaina. Su tarea consistía en «velar por la disciplina y los problemas sociales de los estudiantes, así como de protegerlos en las dificultades originadas por el ocupante»¹⁴; sin embargo, el encarcelamiento del Rector, Monseñor Van Wayenbergh, que se había negado a entregar la lista con las direcciones de los estudiantes buscados por las autoridades alemanas, motivó que tuviera que ejercer de rector durante año y medio. Por lo demás, la lista estaba escondida en su casa, donde se formó un círculo de reflexión al que acudían los canónigos L. Cerfaux, G. Philips, A. Dondeyne, G. Thils, y los padres jesuitas A. Malevez, F. Levie, E. Dhanis¹⁵.

Aquellas tertulias teológicas rompían el ritmo angustioso de los días de la guerra y de los bombardeos, de los registros y de los arrestos, de la penuria y del terror. En aquel remanso iba a surgir la iniciativa de crear, en la Universidad, un Instituto superior de ciencias religiosas, para laicos universitarios, cuyo primer director fue L. Cerfaux; las primeras conferencias fueron impartidas por C. Moeller con gran éxito. «Aquellas reuniones ayudarán a los belgas a trabajar juntos, durante el Concilio, para la puesta a punto de algunos textos conciliares, empezando por

¹³ *Ibid.*, 34-35.

¹⁴ *Ibid.*, 39.

¹⁵ *Ibid.*, 43-44.

Lumen gentium, cuya preparación iba yo a confiar a uno de ellos, el profesor Philips»¹⁶.

Acabada la guerra, el cardenal Van Roey nombró a Suenens vicario general y obispo auxiliar de Malinas-Bruselas. Lo más sobresaliente en aquel período de tres lustros, entre 1945 y 1961, fue el descubrimiento en medio del trabajo administrativo de una organización apostólica que hasta entonces le había sido desconocida: la Legión de María, fundada en Dublín en 1921 por Frank Duff¹⁷. Aquella organización había sido introducida en Malinas en 1946, después de que un comunista convertido lo pidiera oficialmente al cardenal. Convencido del valor apostólico de la Legión de María, Suenens le ofreció su apoyo activo a esta organización redactando un libro, *Teología del apostolado de la Legión de María* (1951). El libro, que fue traducido a cerca de cincuenta lenguas, le valió el reconocimiento de muchos obispos misioneros con los que Suenens se iba a encontrar en el Concilio. Años más tarde, ensanchando la perspectiva del escrito anterior, pero en la misma línea, publicó el libro al que ya nos hemos referido antes, *La Iglesia en estado de misión* (1955), «una llamada a cada cristiano para hacerle comprender que no es plenamente cristiano si no asume su misión de cristianizador, de testigo de Cristo y de su Evangelio, por acercamiento directo de persona a persona»¹⁸. Este libro fue acogido con entusiasmo por Monseñor Montini, entonces arzobispo de Milán, que redactó el prefacio para la edición italiana. De cara a la actuación de Suenens en el Concilio hay que citar otro estudio de naturaleza pastoral, *Amor y dominio de sí mismo* (1960), en el que afrontaba desde el punto de vista de la moral católica el problema del control de la natalidad. Montini se ocupó de su traducción al italiano.

El cardenal Van Roey falleció el 6 de agosto de 1961, cuando ya estaba en marcha la preparación del Concilio Vaticano II. Su obispo auxiliar, que había mostrado cualidades de líder, sentido diplomático y una clara visión pastoral para su propia diócesis y para la Iglesia universal, fue nombrado arzobispo el 24 de noviembre de 1961 y tomó posesión de la sede de Malinas-Bruselas el 24 de enero de 1962. La figura del arzobispo Suenens, con su divisa «En el Espíritu Santo y con María», iba adquiriendo día a día más relieve. En ello tuvo mucho que ver el nacimiento

¹⁶ *Ibid.*, 44. Cf. L. DECLERCK, «Le rôle joué par les évêques et periti Belges au concile Vatican II»: ETL 76 (2000) 445-464; esp. 445-457.

¹⁷ *Ibid.*, 51-53.

¹⁸ *Ibid.*, 58.

de una amistad extraordinaria entre el viejo papa Juan y el nuevo arzobispo y primado belga. Veamos sus antecedentes.

B) PRIMEROS TRABAJOS PARA EL CONCILIO

«La iniciativa de Juan XXIII de convocar un concilio sorprendió a todo el mundo, empezando por los cardenales de la curia, reunidos en San Pablo Extramuros, a quienes había reservado las primicias de su decisión»¹⁹. También sorprendió a los obispos que se vieron ante la tarea de hacer sus sugerencias para el Concilio. El entonces obispo auxiliar de Malinas redactó un breve *votum* respondiendo a la encuesta previa al Concilio, donde afloran tímidamente las líneas de la renovación de la Iglesia, de manera fragmentaria, muy condicionada por las preocupaciones propias de la pastoral directa²⁰. Vale para él lo que escribiera a propósito del tono general de las respuestas del episcopado mundial: «Los deseos de reforma eran más bien de orden canónico y litúrgico, el viento renovador de Pentecostés no soplabla a ráfagas»²¹.

En la fase de preparación Suenens quedó enrolado en la Comisión de los obispos y del gobierno de las diócesis (29-VII-1960), presidida primero por el cardenal Mimmi, y, a su muerte por el cardenal Marella, que «apenas creía en la utilidad que podía tener un concilio después del Vaticano I, pero fue un relator objetivo y leal de las sugerencias emitidas»²². De esta comisión han formado parte otras figuras relevantes del futuro concilio, como Veillot (París), Florit (Florencia), Krol (Filadelfia), Villot (Lyon), Morcillo (Zaragoza)²³.

Sus expectativas formuladas en el seno de aquella Comisión empiezan a tocar temas de más calado²⁴. Así se desprende de las sugerencias que nombra: una definición del papel propio del episcopado; una

¹⁹ *Ibid.*, 71.

²⁰ G. TURBANTI, L. - J. SUENENS, G. LERCARO e G. DOSSETTI, en *The Belgian Contribution*, o.c., 258.

²¹ Véase el balance de E. FOUILLOUX, «La fase antepreparatoria (1959-1960). El lento camino para salir de la inercia», en G. ALBERIGO (dir.), *Historia del Concilio Vaticano II. Vol. I. El catolicismo hacia una nueva era. El anuncio y la preparación*, Sígueme, Salamanca 1999, 92-143.

²² *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 63.

²³ *Ibid.*, 62.

²⁴ *Ibid.*, 63-64.

flexibilización para que la confirmación pueda ser administrada por ministros que no sean obispos; una revisión del breviario; una revisión de la concepción de los seminarios en función de la iniciación apostólica; la instauración del diaconado permanente; el traje de *clerygman*; la adaptación de la vida religiosa; una mejor preparación para el matrimonio; una revisión del ayuno eucarístico; una transformación de la curia romana; una revisión de las normas del Índice. A otras Comisiones les remitió otra serie de sugerencias, como el nuevo papel de las religiosas en una pastoral apostólica, los laicos en cuanto colaboradores y la creación de un consejo diocesano, nacional e internacional de laicos, el papel de las conferencias episcopales, el límite de edad de los obispos, las relaciones entre los obispos y los superiores religiosos mayores. Para nuestro prelado los trabajos preparatorios fueron un aprendizaje y una iniciación para los años conciliares.

En esta línea de maduración se sitúan sus dos primeras cartas pastorales, ya como arzobispo de Malinas, en diciembre de 1961 y en marzo de 1962. La primera describe el sentido eclesial del episcopado, haciéndose eco de «la tendencia colegial de la Iglesia de Bélgica», sin menoscabo de su fidelidad a Roma, sin resabios de galicanismo²⁵. Este sentido claro y profundo de la responsabilidad episcopal, sostenido por los teólogos de Lovaina y los trabajos ecuménicos del monasterio de Chevetogne, había tenido un espléndido referente en Lambert Beauduin y su visión del anglicanismo, puesto en práctica por los cardenales Mercier y Van Roey.

La segunda carta hacía una descripción dinámica de lo que debería ser el concilio al hilo del interrogante formulado en su título: *¿Qué esperáis del Concilio?* En la primera parte de aquel escrito subrayaba que el Concilio no debe compararse a un parlamento o a un congreso internacional según el modelo de la ONU; ciertamente, un concilio reúne a los obispos procedentes de todos los continentes para discutir los problemas de la Iglesia y del mundo, pero su naturaleza es espiritual, un misterio de fe en el nivel del encuentro con la gracia divina, un misterio de esperanza con el objetivo de aproximar la salvación cristiana al mundo, un misterio de caridad en atención a las necesidades de la humanidad. Se trataba de poner al mundo en contacto con la energía vivificante del Evangelio, como había dicho Juan XXIII en la constitución apostólica

²⁵ *Ibid.*, 79-80. J. GROOTAERS, *Actes et acteurs à Vatican II*, o.c., 317.

Humanae salutis (25-XII-1961). El objetivo fundamental del Concilio era la evangelización y, por ende, la salvación del mundo.

Suenens, que no conocía personalmente a Juan XXIII, le había hecho llegar aquella carta y de ahí nació una simpatía mutua inmediata, «en comunión de visión y de esperanza para el Concilio»²⁶. Poco tiempo después de una primera audiencia, el Papa le hizo cardenal (19-III-1962), de modo que pudiera participar de manera más eficaz en el Concilio. Con este objetivo le había nombrado (3-III-1962) miembro de la Comisión central preparatoria: «Esta Comisión se encontraba, en el momento de mi nombramiento, a medio camino en la realización de sus trabajos. Con sorpresa descubrí que los textos y proyectos que debían ser sometidos al Concilio apenas reflejaban las esperanzas que el anuncio del mismo había hecho nacer: les faltaba aliento y visión»²⁷. Esta impresión era compartida, —añade nuestro relator—, por los cardenales Döpfner, König, Alfrink, que escribieron una carta al Papa en este sentido.

Por su parte, el prelado belga había empezado a elaborar un plan para el Concilio por indicación de Juan XXIII, después de haberle expresado, en marzo de 1962, su queja hacia la gran cantidad de esquemas preparados, de valor desigual, un material que consideraba una grave hipoteca para los trabajos conciliares propiamente dichos²⁸. Reconstruyamos los hechos con su propio testimonio.

C) UN PLAN DE CONJUNTO PARA EL VATICANO II: LA IGLESIA *AD INTRA*
Y LA IGLESIA *AD EXTRA*

Para responder a la petición del Papa, Suenens se puso a estudiar los 72 esquemas elaborados por las Comisiones preparatorias. El resultado de aquella pesquisa se iba a plasmar en un doble documento: una nota sobre el concilio, a la que seguía un proyecto o plan de conjunto²⁹.

²⁶ L. J. SUENENS, *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 110.

²⁷ *Ibid.*, 66.

²⁸ *Ibid.*, 84ss. Véase el mismo relato en: L. J. SUENENS, «Aux origines du concile Vatican II»: *Nouvelle Revue Théologique* 107 (1985) 3-21. *Íd.*, «A plan for the whole Council», en A. STACPOOLE (ed.), *Vatican II by those who were there*, o.c., 88-105.

²⁹ *Recuerdos y esperanzas*, 85-88 (texto de la nota); 92-101 (texto del plan). El estudio más detallado puede verse en: M. LAMBERIGTS - L. DECLERCK, «The Role of cardinal Léon-Joseph Suenens at Vatican II», en *The Belgian Contribution to the Second Vatican Council*, o.c., 66-88.

Suenens, que había viajado a Roma para participar en la última sesión de la Comisión central preparatoria, celebrada entre el 3 y el 12 de mayo, fue recibido por el Papa en una audiencia privada el día 10. El cardenal de Malinas le ha presentado el contenido de la nota, en lo que debió ser una interesante conversación sobre los asuntos del Concilio, ya que el objetivo de aquella nota preliminar era «realizar una poda y situar el Concilio en una verdadera perspectiva pastoral»³⁰.

La nota comienza haciendo una distinción entre la doble serie de cuestiones que han de ser tratadas en el concilio: una primera versaría sobre la Iglesia *ad extra*, es decir, sobre la Iglesia frente al mundo de hoy, y una segunda, sobre la Iglesia *ad intra*, sobre la Iglesia en sí misma. La poda sugerida por Suenens parte de una valoración muy crítica: el 80% de los esquemas preparados no eran auténtica «materia de concilio». Entre otras sugerencias, con vistas a «trazar avenidas en medio del bosque» que resaltarán las cuestiones mayores, propone la creación de una comisión restringida (una especie de *brain-trust*). Por otro lado, entiende que la selección de estas cuestiones mayores dependía de la duración que se pensara dar al Concilio. En cualquier caso, sea cual fuese su duración, gran parte del trabajo posconciliar debía encomendarse a comisiones, de modo que las reformas proyectadas fueran encomendadas a las conferencias episcopales. La nota advertía, además, de la experiencia de la Comisión central, que mostraba la existencia de «una fuerte corriente integrista opuesta a toda renovación pastoral que tenga una cierta envergadura». Suenens concluía formulando el deseo de que el Concilio fuera, «un Concilio pastoral, es decir, apostólico»: «¡Qué inmenso beneficio representaría para la Iglesia que pudiera definir, en sus grandes rasgos, el modo en que la Iglesia debe ponerse en estado de misión, y ello en todos los ámbitos: laicos, religiosos, clero, obispos y congregaciones romanas!».

Al final de aquella audiencia, Juan XXIII volvió a pedirle un plan sistemático para el Concilio, que pudiera ser contrastado con otros cardenales. Suenens había preparado ya un esbozo de plan a finales de abril, según dice en sus memorias³¹. Aquel documento confidencial fue dado a conocer a varios cardenales, entre otros a Liénart, pero comenzando por el cardenal Montini en una larga conversación mantenida el 11 de mayo en el Colegio Lombardo de Roma. Al Papa le llegó el proyecto de

³⁰ *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 84.

³¹ *Ibid.*, 88.

Suenens en la carta del 16 de mayo, donde le volvía a proponer la creación de un pequeño grupo de estudio, un grupo de cuatro cardenales, como los «cuatro evangelistas», para el estudio y selección de los esquemas³². Como complemento del plan, el cardenal de Malinas envió al Papa una traducción italiana de *La Iglesia en misión*.

Ya en las líneas de introducción, Suenens insistía en que el objetivo del plan era dar un cariz pastoral al Concilio, proponiendo que su primer tema de estudio fuera «el misterio de la Iglesia de Cristo». Esta decisión iba avalada por varias razones: la continuidad con el Vaticano I, un mejor equilibrio doctrinal, un paso ecuménico, una declaración doctrinal (*operari sequitur esse*) acerca del ser íntimo de la Iglesia que es Jesucristo comunicado y expandido. Siguiendo las indicaciones de su nota, el plan se articulaba conforme a dos secciones, Iglesia *ad intra*-Iglesia *ad extra*, al hilo de las palabras del mandato misionero con que Mateo clausura su evangelio: Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 19: *Euntes ergo docete omnes gentes baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis*).

La primera sección, *Ecclesia ad intra*, orientada a poner a la Iglesia en estado de misión, quedaba distribuida en cuatro partes: I) Iglesia evangelizadora (*Euntes ergo*): los obispos y la colegialidad, el clero secular y regular, la vida religiosa masculina y femenina; el laicado; II) Iglesia docente (*Docete omnes gentes*): dar a conocer el Evangelio, a todo tipo de gente (centros de enseñanza y universidades, catequesis, predicación); a través de los modernos medios de comunicación; III) Iglesia santificadora (*Baptizantes eos*): la pastoral de los sacramentos; IV) Iglesia orante (*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*): la pastoral litúrgica.

La segunda sección, *Ecclesia ad extra*, retomaba la parte final del versículo mateano (*Docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis*), y asumía la tarea de la Iglesia que no es otra que llevar a Cristo al mundo en torno a estos dos interrogantes: ¿qué buscan los hombres? ¿Qué puede aportarles la Iglesia? Suenens señalaba estos cuatro ámbitos de problemática: 1) la sociedad familiar y conyugal, y el control de la natalidad; 2) la sociedad económica, y el comunismo ateo; 3) la sociedad civil y política, y la libertad religiosa; 4) la sociedad internacional y la paz entre los pueblos.

³² M. LAMBERIGTS - L. DECLERCK, «The Role of cardinal Léon-Joseph Suenens at Vatican II», o.c., 68.

Con estas líneas directrices el plan de Suenens podía articular los setenta esquemas preparatorios de una manera coherente. Aquel proyecto concluía con un mensaje al mundo, dirigido a los hermanos separados ortodoxos, protestantes, a creyentes de otras religiones, a los ateos.

Juan XXIII encomendó al cardenal Cicognani, secretario de Estado, que enviara fotocopias del plan a algunos cardenales. Y así lo hizo el 19 de mayo. De nuevo, con ocasión de la reunión de la Comisión central preparatoria, Suenens estuvo en Roma entre el 12 y el 20 de junio. En su conversación con Juan XXIII, éste le volvió a declarar su voluntad de asociar a ese proyecto a algunos otros cardenales que él mismo designó: Liénart, Siri, Döpfner, Montini³³. De una manera muy libre, Juan XXIII se había servido de aquel proyecto en su alocución radiofónica del 11 de septiembre, un mes antes de la apertura del Concilio. Aquel discurso fue publicado en *L'Osservatore Romano* con el título *Ecclesia Christi, lumen gentium*. En su libro de recuerdos Suenens anotó al respecto:

«Juan XXIII presentaba el futuro concilio en continuidad con la orden del Señor: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28, 19-20). Estas palabras constituían los temas mismos del plan, y el discurso del Santo Padre hacía suya la misma distinción propuesta entre la Iglesia *ad intra* y la Iglesia *ad extra*, que constituía la bisagra del plan»³⁴.

Sin embargo, Juan XXIII abrió el Concilio desde el convencimiento de que la asamblea debía adquirir su libertad y no intervino para violentar el ritmo de las cosas. Así lo refleja esta otra información de Suenens: «Durante la primera semana, me había declarado Juan XXIII: “El plan está ahí, en mi cajón (lo abrió como para probar lo que decía). Le haré una señal en el momento oportuno: de momento, el deber del Papa es abrir los oídos y escuchar atentamente lo que el Espíritu Santo inspire a los obispos”. Obedecí de buena gana esta consigna de paciencia»³⁵. De todos modos, el plan Suenens afloró ya en la primera reunión del Secretariado para Asuntos extraordinarios, celebrada el 17 de octubre, en la que estuvo presente el Papa; allí se habló del espíritu positivo y pastoral del Concilio, de su apertura ecuménica sugerida por una nota del

³³ *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 88-89.

³⁴ *Ibid.*, 90.

³⁵ *Ibid.*, 102.

cardenal Bea, de la organización interna³⁶. Sobre este último punto, el cardenal Confalonieri fue quien sugirió que Suenens redactara una nota sobre la finalidad del Concilio y los medios para conseguirla.

Ahora bien, como es sabido, el Concilio echó andar por otros derroteros, revisando los esquemas sobre la liturgia, sobre las fuentes de la revelación, sobre los medios de comunicación, sobre la Iglesia³⁷. En medio de aquellos comienzos titubeantes y, a veces, confusos, Suenens encomendó al teólogo de Lovaina, G. Philips, la elaboración de un esquema alternativo al esquema oficial *De Ecclesia*, que acabó siendo el germen de la futura constitución *Lumen gentium*.³⁸ Fue en la última semana del primer período conciliar, mientras se debatía el esquema *De Ecclesia*, cuando se produjo la intervención del cardenal de Malinas en la que presentó su plan para el Vaticano II en el aula. Suenens había comunicado previamente su intención al Papa, ya muy enfermo, que anotó de su puño y letra algunas leves correcciones:

«Esto me permitió pronunciar con toda tranquilidad de conciencia en el aula el discurso del 4 de diciembre de 1962, en el que proponía el tema central al que se adhirió el Concilio. La adhesión fue tan unánime, que el cardenal Montini, que había permanecido muy reservado durante la primera sesión, se pronunció con gran entusiasmo a favor de mi propuesta, lo mismo que el cardenal Lercaro»³⁹.

D) EL CONCILIO BAJO PABLO VI: LA ACTIVIDAD DEL MODERADOR Y PADRE CONCILIAR

El nombramiento del cardenal de Malinas como moderador representa la confirmación institucional de un liderazgo y una autoridad personal que muchos ya le habían reconocido. En este sentido, H. Câmara, que le profesa verdadera devoción, le considera en sus *Cartas circulares* como el ángel del Concilio y de forma muy gráfica, a partir de la tercera etapa conciliar, le empieza a denominar con el nombre clave de «P.

³⁶ *Ibid.*, 75-77. Para más detalles, M. LAMBERIGTS - L. DECLERCK, «The Role of cardinal Léon-Joseph Suenens at Vatican II», o.c., 75-85.

³⁷ J. W. O'MALLEY, *¿Qué pasó en el Vaticano II?*, o.c., 175-216.

³⁸ Véase: S. MADRIGAL, «La redacción de *Lumen gentium* en los cuadernos conciliares de Gérard Philips», en *Íd.*, *Tiempo de concilio. El Vaticano II en los diarios de Yves Congar y Henri de Lubac*, Sal Terrae, Santander 2009, 113-140.

³⁹ *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 91.

Miguel», en referencia al arcángel homónimo⁴⁰. Para el obispo brasileño, Suenens es «el líder que nos abre el camino»⁴¹, «mi maestro en el Concilio»⁴². Un par de episodios ejemplifican bien su talante carismático.

A comienzos de 1963, la Comisión de Coordinación había dado su aprobación al esbozo eclesiológico de G. Philips, que comprendía estos cuatro capítulos: el misterio de la Iglesia; la constitución jerárquica de la Iglesia y el episcopado; el pueblo de Dios y el laicado; la vocación a la santidad. Pues bien, a Suenens se remonta la sugerencia de escindir el capítulo tercero del esquema *De Ecclesia* que entonces agrupaba la problemática sobre el pueblo de Dios y sobre el laicado, en dos capítulos distintos⁴³; este cambio llevaba aparejada esta otra decisión: la sección sobre el pueblo de Dios pasaba a ocupar el segundo lugar, después del capítulo sobre el misterio de la Iglesia, y antes del capítulo dedicado al episcopado, para poner de manifiesto que el pueblo de Dios agrupa no sólo a los laicos, sino a todos los miembros de la Iglesia, de modo que incluye a los miembros de la jerarquía y a los que profesan la vida religiosa. Por otro lado, a él le ha correspondido, dentro del grupo de moderadores, urgir la celebración de la votación del 30 de octubre de 1963, es decir, la propuesta de cinco cuestiones decisivas para saber la opinión de los padres conciliares acerca de la cuestión candente de la sacramentalidad y de la colegialidad episcopal⁴⁴. Finalmente, su liderazgo ha quedado remachado con sus vigorosas intervenciones en los debates conciliares, sin olvidar la estrecha amistad que el moderador belga ha mantenido con Pablo VI, una relación de capital importancia para la marcha del Vaticano II, si bien no exenta de ciertas tensiones, como luego indicaremos⁴⁵.

En el curso de la segunda etapa conciliar, durante el otoño de 1963, Suenens tuvo tres intervenciones significativas: el 8 de octubre, sobre el diaconado permanente; el 22 de octubre, sobre los carismas de los

⁴⁰ H. CÂMARA, *Lettres conciliaires (1962-1965)*, Vol. II, Ed. Du Cerf, París 2006, 556.

⁴¹ *Ibid.*, 697.

⁴² *Ibid.*, 825.

⁴³ Cf. AS II/1, 324.

⁴⁴ Sobre estos episodios, J. W. O'MALLEY, *¿Qué pasó en el Vaticano II?*, o.c., 244-249.

⁴⁵ L. DECLERCK - T. OSAER, «Les relations entre le cardinal Montini/Paul VI (1897-1978) et le cardinal Suenens (1904-1996) pendant le Concile Vatican II», en *The Belgian Contribution*, o.c., 285-323.

bautizados; el 12 de noviembre, sobre el límite de edad de los obispos⁴⁶. La primera y la tercera han sido inspiradas por G. Dossetti, para quien Suenens no ahorra palabras de elogio: el vicario general del cardenal Lercaro, antes de ser sacerdote, había sido uno de los principales dirigentes políticos de Italia, así como el redactor principal de la Constitución italiana, una vez caído el fascismo⁴⁷. La razón de la primera intervención —explica Suenens en sus memorias— no era la penuria del clero, sino «el valor intrínseco de este orden sacramental en la Iglesia». El tema del diaconado había sido eliminado del esquema preparatorio sobre los presbíteros, así que pidió a Philips que lo incluyera en el esquema *De Ecclesia*. Le parecía oportuno volver a introducir el diaconado permanente en la Iglesia latina, haciéndolo accesible a hombres casados, como en la Iglesia católica de rito oriental. Dossetti le suministró el argumento teológico: «el diaconado forma parte de la estructura ministerial sacramental de la Iglesia, no hay que reducirlo a una simple etapa de transición hacia el sacerdocio»⁴⁸. Aquella intervención fue bien acogida por los Padres; sin embargo, su propuesta de fijar el límite de edad a los obispos en setenta y cinco obtuvo una «acogida glacial», pero prosperó en el *motu proprio* de Pablo VI que le dio vigor de ley.

El discurso sobre los carismas de los bautizados estuvo inspirado por H. Küng, según las confesiones del teólogo suizo⁴⁹. La alocución de Suenens se convierte en un alegato frente a Ruffini, que había pedido la supresión de la alusión a los carismas en el esquema eclesiológico, porque consideraba que éstos pertenecían a la Iglesia primitiva y en la actualidad podía dar lugar a abusos. El cardenal de Malinas disertó brillantemente sobre la dimensión carismática de la estructura de la Iglesia, intentando mostrar la importancia particular de los dones del Espíritu

⁴⁶ K. WITTSTADT, «Léon-Joseph Suenens und das II. Vatikanische Konzil», en E. KLINGER - K. WITTSATDT (eds.), *Glaube im Prozess*, o.c., 174. M. LAMBERIGTS - L. DECLERCK, «The Role of cardinal Léon-Joseph Suenens at Vatican II», o.c., 122-124.

⁴⁷ *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 141-142: «Yo había tenido en gran aprecio la colaboración de este eminente jurista y teólogo de gran talla con ocasión de mi intervención sobre el diaconado permanente».

⁴⁸ *Ibid.*, 150. La alocución del 8 de octubre sobre el diaconado permanente: AS II/2, 317-320.

⁴⁹ S. MADRIGAL, «La historia «oficiosa» y «alternativa» de H. Küng», en Íd., *Memoria del Concilio. Diez evocaciones del Vaticano II*, Desclée de Brouwer - Universidad P. Comillas, Madrid-Bilbao 2005, 147-148. El discurso fue reproducido en: Y. CONGAR - H. KÜNG - D. O'HANLON, *Discursos conciliares*, Cristiandad, Madrid 1964, 33-38.

Santo (carismas) en la edificación del Cuerpo de Cristo. Su intervención añadía irónicamente una alusión a la ausencia de mujeres, «la mitad del género humano», en el aula conciliar⁵⁰. Pero su presencia, que tuvo que esperar al tercer período de sesiones, es deudora de aquella intervención de Suenens⁵¹.

Los recuerdos de Suenens relativos a la tercera etapa empiezan con uno de sus temas más queridos: la figura de la Virgen María. El puesto de María en la Iglesia había dividido a los padres en dos grupos; estaban por un lado los partidarios de un esquema aparte y, por otro, los que deseaban que este esquema fuera incorporado a la constitución sobre la Iglesia, *Lumen gentium*. En su plan del Concilio, nuestro prelado abogaba por esta segunda postura, que es la que fue aceptada finalmente en el aula; por su parte, cuando tomó la palabra el 17 de septiembre de 1964 quiso impulsar una mariología equilibrada. Sin embargo, en aquella intervención criticó el planteamiento del texto: «Me parecía “minimizador”, en el sentido de que el papel de la Santísima Virgen estaba fuertemente marcado en el pasado, pero no se había puesto de relieve con suficiente claridad su maternidad espiritual en el presente (...). Yo hubiera deseado que se mostrara la maternidad espiritual de María como algo que se prolonga en la maternidad de la Iglesia»⁵².

En el otoño de 1964 volvió a intervenir de nuevo a favor del apostolado seglar. Suenens se había dado a conocer como defensor de la Legión de María y había criticado las tendencias monopolizadoras de la Acción Católica. Desde el reconocimiento del significado primordial del bautismo que incorpora a la comunión eclesial se hacía obsoleta la teoría según la cual el apostolado seglar surge simplemente del «mandato» procedente de la jerarquía. En su discurso del 9 de octubre apoyó la causa de una mayor pluralidad en el apostolado seglar, recomendando el ejemplo de la Legión de María⁵³.

La preocupación pastoral del cardenal de Malinas se plasmó asimismo en la moral conyugal y, más en particular, en la cuestión del control

⁵⁰ *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 151.

⁵¹ S. MADRIGAL, «Pilar Bellosillo, una mujer en el Concilio», en *Memoria del Concilio*, o.c., 195-220. Véase: A. VALERIO, *Madri del Concilio: veintitrè donne al Vaticano II*, Carocci, Roma 2012.

⁵² *Recuerdos y esperanzas*, 153. M. LAMBERIGTS - L. DECLERCK, «The Role of cardinal Léon-Joseph Suenens at Vatican II», 130-132.

⁵³ J. GROOTAERS, *Actes et acteurs à Vatican II*, o.c., 320.

de la natalidad. En Lovaina había creado un simposio internacional anual con el objetivo de clarificar los problemas de la bioética. En su primera intervención sobre este asunto, el 29 de octubre de 1964, pidió que el Concilio formulara principios claros que pudieran servir a la Comisión pontificia secreta encargada del estudio del problema de la regulación de los nacimientos. Suenens sabía que aquella comisión estaba muy ligada al Santo Oficio y temía su falta de apertura filosófica, teológica, científica. Y terminó su *speech* con una expresión que tuvo fortuna: «Con un caso Galileo basta...»⁵⁴. Se trataba de reexaminar la doctrina clásica de la ética natural y tomar en consideración los avances de la ciencia. Suenens volvió a intervenir en la cuarta etapa conciliar, el 29 de septiembre de 1965, cuando se debatía en el aula el capítulo sobre el matrimonio contenido en la constitución pastoral *Gaudium et spes*. Aquellos dos discursos provocaron el descontento de Pablo VI. No obstante, anota Suenens en su diario que, cuando el Papa prohibió la discusión, remitiéndola a la Comisión ampliada, no vio en ello «un acto anticolegial, sino un acto de prudente sabiduría». Además, por Helder Câmara, convertido en confidente del «P. Miguel», tenemos noticia del eco de una intensa conversación con Montini acerca del control de los nacimientos: «Póngase en mi piel. Imagine usted que es el Papa. Redacte la declaración que, delante de Dios y ante la humanidad, usted quisiera escribir. Tráigamela sin retraso y yo le prometo estudiarla de rodillas»⁵⁵. En aquel diálogo Suenens se mostró partidario de evitar cerrar la puerta, de crear crisis de conciencia, de imponer condiciones imposibles.

En el transcurso del cuarto y último período de sesiones intervino en otras dos ocasiones en relación a otros dos temas que llevaba muy dentro: sobre el tema de las misiones, cosa que le permitió insistir en el hilo conductor de su libro *La Iglesia en estado de misión*, y sobre la renovación del ministerio sacerdotal y la formación de los presbíteros, que era una preocupación muy común entre muchos de los padres de la corriente mayoritaria⁵⁶. A los quince años de su clausura, el cardenal Suenens decía que la principal tarea legada por el Vaticano II era ésta: que

⁵⁴ *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 155. GROOTAERS, *Actes et acteurs à Vatican II*, 321. M. LAMBERIGTS - L. DECLERCK, «The Role of cardinal Léon-Joseph Suenens at Vatican II», 174-179; 191-194.

⁵⁵ H. CÂMARA, *Lettres conciliaires*, II 952 (con fecha de 23-24 de octubre); véase: 1084-1087.

⁵⁶ *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 156.

los cristianos que lo eran sólo de nombre pudieran nuevamente llegar a ser cristianos activos⁵⁷. Él quería, ante todo, que el Concilio pusiera a la Iglesia en estado de misión. Veamos seguidamente la aproximación de Lercaro al Vaticano II.

3. EL CARDENAL LERCARO: UNA VISIÓN LITÚRGICA DEL CONCILIO VATICANO II

Hemos partido de la comparación entre los moderadores y los evangelistas, tal y como aparece en las memorias de Suenens. Es un dato que se encuentra también, con interesantes matices, en una carta del cardenal de Bolonia:

«Nos llaman los cuatro grandes (*the big fourth*), pero también los cuatro evangelistas. Y hemos descubierto que tres estamos perfectamente alineados; y somos los tres sinópticos; mientras que el cuarto —Agagianian— aunque concuerda, como Juan concuerda con los sinópticos, tiene no obstante una línea más suya. De los tres sinópticos Suenens es Marcos, porque es León de nombre y S. Marcos es simbolizado por el león; yo, sería Lucas, que llevo conmigo el Apéndice de los «Hechos de los Apóstoles» representado por G. Dossetti; por lo demás es conocida mi simpatía hacia el evangelio de Lucas. Döpfner por necesidad es Mateo»⁵⁸.

Sirva esta nota epistolar de primera presentación de Lercaro, que habla además *expressis verbis* del influjo de G. Dossetti, su consejero personal, que le ha preparado la mayor parte de sus intervenciones en el aula. De este hombre hay que decir además que es su mejor intérprete y ha esbozado también las líneas fundamentales de la visión del Concilio del cardenal Lercaro⁵⁹. En la identificación de Lercaro con Lucas anida otro dato muy relevante en su biografía: su preocupación por los pobres. Vamos a acercarnos a la figura del arzobispo de Bolonia y a su visión

⁵⁷ GROOTAERS, *Actes et acteurs à Vatican II*, o.c., 325.

⁵⁸ G. LERCARO - G. ALBERIGO - G. BATELLI (eds.), *Lettere dal Concilio 1962-1965*, Dehoniane, Bolonia 1980, 161. Véase: J. GROOTAERS, *I protagonisti del Concilio*, o.c., 159-170.

⁵⁹ G. DOSSETTI, «Alcune linee dinamiche del contributo del Cardinale G. Lercaro al Concilio ecumenico Vaticano II», en ÍD., *Il Vaticano II. Frammenti di una riflessione*, Il Mulino, Bolonia 1996, 103-190.

del Concilio, de notable impronta mística y con un fuerte compromiso humano; todo ello hizo de él uno de los grandes líderes del Vaticano II.

A) LA PREPARACIÓN REMOTA PARA EL CONCILIO DE UN OBISPO ITALIANO

Giacomo Lercaro había nacido en el seno de una modesta familia numerosa de nueve hijos, el 28 de octubre de 1891, en Quinto al Mare, un pequeño pueblo en las afueras del puerto italiano de Génova⁶⁰. A los once años emprendió su formación como aspirante al sacerdocio en el seminario menor de Génova; seguidamente pasó al seminario mayor de la archidiócesis para realizar los estudios de filosofía y de teología. Sus profesores Calcagno y Moglia le han puesto en contacto con el movimiento litúrgico. Después de recibir la ordenación sacerdotal en 1914, fue enviado a Roma para ampliar estudios en el Instituto Bíblico. Con esta preparación, finalizada la primera guerra mundial, dio clases de Escritura y Patrística en el seminario mayor de Génova, donde había sido nombrado vice-rector. En este marco se esfuerza en familiarizar a los estudiantes con los principios del movimiento litúrgico, al tiempo que les inculca el sentido de un apostolado de fuerte orientación social. Este énfasis puesto en la liturgia, combinado con el apostolado social, queda subsumido en la categoría de *diakonia*, que será el sello de identidad de la actividad pastoral de Lercaro a la largo de toda su vida.

En 1937 fue nombrado párroco en María Inmaculada, una parroquia urbana en el centro de Génova. Allí siguió poniendo en práctica su modelo pastoral, de liturgia y diaconía, integrando a los laicos en la tarea de apostolado; el fundamento de este apostolado era una espiritualidad de fuerte inspiración bíblica que quería expresarse hacia fuera en la presencia y en el compromiso de los cristianos en la sociedad y en la actividad política. Con este objetivo fundó el instituto *Didaskaleion*, donde se preparaba un grupo selecto de seglares en liturgia y en teología⁶¹.

⁶⁰ F. OBERKLOFER, *An den Wurzeln des Glaubens: Gott, Sich und die Welt finden. Kardinal Giacomo Lercaro (1891-1976): Leben, Werk, Bedeutung*, Echter, Würzburg 2003. G. ALBERIGO - G. BATELLI - R. CAPILUPPI - A. ALBERIGO (eds.), *Giacomo Lercaro: Vescovo della Chiesa di Dio (1891-1976)*, Marietti, Génova 1991. Una síntesis biográfica ofrece D. CLAES, «Cardinal L. J. Suenens and G. Lercaro and the Second Vatican Council», en *The Belgian Contribution to the Second Vatican Council*, o.c., 239-243.

⁶¹ OBERKLOFER, *An den Wurzeln des Glaubens*, o.c., 25-26.

Pío XII le nombró, el 31 de enero de 1947, arzobispo de Ravena, recibiendo la ordenación episcopal de manos del arzobispo de Génova, Giuseppe Siri. La diócesis que le había sido encomendada pasaba por ser un bastión comunista. En esta situación su primer objetivo fue reorganizar las actividades pastorales. Para ello cuidó de manera especial la formación de los nuevos sacerdotes, con cursos de liturgia y de teología pastoral. La liturgia es el instrumento pastoral de gran valor, centrado en la eucaristía, en la predicación y en la catequesis. En los años de Ravena el nombre de Lercaro alcanza un reconocimiento internacional dentro del movimiento litúrgico. Por otro lado, desde 1948, acogía en su palacio arzobispal a muchachos huérfanos que fueron el primer germen de su «familia», la futura *Obra de la Madonna della Fiducia*⁶².

Su exitoso método pastoral le llevó a Bolonia, donde fue nombrado arzobispo el 19 de abril de 1952. La nueva archidiócesis presentaba unas condiciones similares a las que había encontrado en Ravena. Allí comenzó creando, en 1953, un instituto sociológico de estadística religiosa desde el convencimiento de que la Iglesia debía iniciar un diálogo con los tiempos modernos, con las nuevas formas de vida que condicionan de manera decisiva las nuevas posibilidades del apostolado católico. Aquel mismo año recibió el capelo cardenalicio. Con todo, la liturgia siguió siendo el corazón de la acción pastoral de Lercaro: ella lleva a dar testimonio de la fe (*martyria*), a configurarse como comunidad viva (*koinonia*), que se preocupa seriamente de las necesidades del otro (*diakonia*).

En los años previos al Concilio el cardenal Lercaro había adquirido un notable prestigio tanto en el gobierno de la diócesis como en sus relaciones con los comunistas, pues supo evitar una confrontación improductiva, ejercitando un diálogo cuidadoso y crítico. Por su compromiso en el movimiento litúrgico y por sus iniciativas sociales, Lercaro era un obispo atípico en el panorama italiano de la «Iglesia de Pío XII». Sus expectativas hacia el Concilio anunciado por Juan XXIII estaban enraizadas en su experiencia pastoral en Ravena y en Bolonia, de modo que sus propuestas (*vota*) enviadas a Roma en octubre de 1959 nacían de unas preocupaciones e inquietudes muy contrastadas⁶³.

⁶² *Ibid.*, 74-84.

⁶³ El texto del *votum* puede verse en: G. LERCARO - G. ALBERIGO (eds.), *Per la forza dello Spirito: Discorsi conciliari del card. Giacomo Lercaro*, Dehoniane, Bolonia 1984, 65-70. Sobre su participación en el Concilio, G. ALBERIGO, «L'esperienza conciliare di un vescovo», *Ibid.*, 9-62.

En su primera parte, el antiguo profesor de Escritura y Patrística acogía las intenciones papales de un concilio pastoral y ecuménico: no se trataba de dirimir controversias teológicas, de reprimir herejías o de condenar el comunismo; no obstante, había que afrontar cuestiones doctrinales importantes, como la libertad religiosa, las relaciones de la Iglesia con los estados, los modernos métodos críticos en la interpretación de la Escritura. En la segunda parte, Lercaro señalaba algunos aspectos de la reforma interior de la Iglesia para un ministerio pastoral más eficaz: la reforma de la exención de los religiosos, la abolición de la inmovilidad de los párrocos, los límites de edad para los obispos, la redistribución del clero y de las diócesis, los seminarios. A su juicio, los problemas más graves derivaban del proceso de secularización de la sociedad y de un laicismo creciente. Por ello, lo que el cardenal de Bolonia esperaba del Concilio era, ante todo, una reforma litúrgica que favoreciese la participación activa de los fieles en la celebración litúrgica, la promoción de las escuelas católicas, una revisión de los preceptos eclesiales⁶⁴.

A diferencia de Suenens, Lercaro no ha elaborado un proyecto orgánico del Concilio, pero su extenso *votum*, que denota una percepción muy precisa de las circunstancias históricas y eclesiales, indicaba una serie de objetivos concretos desde la convicción de que el Concilio era una *ocasión* excepcional concedida por el Espíritu Santo para desarrollar una renovación interna de la Iglesia. Como ya hemos indicado más arriba, el prestigioso cardenal de Bolonia, implicado en el movimiento litúrgico, fue excluido de los trabajos preparatorios del Concilio. Sin embargo, emprendió la celebración de pequeños sínodos diocesanos con vistas a sensibilizar a sus gentes ante el próximo concilio, aquella oportunidad de un nuevo Pentecostés.

B) LA EXPERIENCIA CONCILIAR DEL CARDENAL DE BOLONIA:
LA «IGLESIA DE LOS POBRES»

Al comenzar el Vaticano II, tanto el cardenal de Milán (Montini) como el de Bolonia (Lercaro), se encontraban bastante aislados en el numeroso grupo de obispos de la conferencia episcopal italiana encabezada por

⁶⁴ G. TURBANTI, «L.-J. Suenens, G. Lercaro e G. Dossetti», en *The Belgian Contribution*, o.c., 262-263.

G. Siri. De hecho, puesto en marcha el Vaticano II, Lercaro no figuró en la lista italiana de los candidatos a las elecciones para las comisiones conciliares. Si pudo resultar elegido miembro de la Comisión litúrgica en las primeras semanas, ello se debe al apoyo que le prestaron los episcopados centroeuropeos. Así comenzó su trabajo para el Concilio en la Comisión litúrgica. En este momento hay que recordar que el cardenal español Larraona, presidente de la Comisión litúrgica, había elegido a dos hombres de la curia (al cardenal Giobbe y a Monseñor Jullien) como vice-presidentes, silenciando así el liderazgo de Lercaro como figura internacional del movimiento litúrgico⁶⁵. Nuestro prelado, que intervino dos veces en el aula en octubre de 1962 durante el debate sobre la liturgia⁶⁶, ocupó la presidencia de la «tercera subcomisión», que era la encargada de examinar las observaciones de carácter general recibidas por la Comisión litúrgica⁶⁷. Lercaro defendió el esquema como una sólida base para la renovación y el progreso de la liturgia, ya que ofrecía una descripción de la esencia de la liturgia siguiendo el procedimiento de la encíclica *Mediator Dei*.

Al margen de esta actividad en el aula, aquel otoño de 1962, Lercaro fue invitado a participar en la reunión de un pequeño grupo de padres y de peritos que se reunían en el Colegio Belga. Aquel grupo de trabajo, que recibía el nombre de *Jesús, la Iglesia y los pobres*, o «la Iglesia de los pobres», estuvo inspirado por el P. Gauthier, sacerdote obrero francés, que contó con el apoyo del obispo belga Himmer y de los franceses Ancel y Mercier. El objetivo primario de este grupo *extra aulam* consistía en sensibilizar a los padres conciliares de la relación entre la Iglesia, el Evangelio y la pobreza⁶⁸. En otras palabras: la Iglesia y el Concilio debían ser capaces de hacer llegar a los más pobres de la tierra un mensaje

⁶⁵ LAMBERIGTS, *El debate sobre la Liturgia*, en G. ALBERIGO (ed.), *Historia del Concilio Vaticano II*, vol. II, 115.

⁶⁶ El 22 de octubre y el 31 de octubre de 1962: AS I/1, 311-313; I/2, 56-58. LAMBERIGTS, *El debate sobre la Liturgia*, o.c., 121. El texto de la primera intervención: LERCARO - ALBERIGO (eds.), *Per la forza dello Spirito*, o.c., 73-78.

⁶⁷ LAMBERIGTS, *El debate sobre la Liturgia*, o.c., 136-138.

⁶⁸ D. PELLETIER, «Une marginalité engagée: le groupe 'Jésus, l'Église et les pauvres'», en M. LAMBERIGTS - CL. SOETENS - J. GROOTAERS (eds.), *Les Commissions conciliaires à Vatican II*, Lovaina 1996, 63-90. H. RAGUER, «Primera fisonomía de la asamblea», en ALBERIGO, *Historia del Concilio Vaticano II*, vol. II, 196-199. M. MENNINI, «Paul Gauthier e la povertà della Chiesa durante il Vaticano II»: *Cristianesimo nella storia* 34 (2013) 391-422.

de esperanza. Lercaro fue invitado a participar en aquel grupo de trabajo, pero declinó la invitación por razones prácticas, enfrascado como estaba en los trabajos de la Comisión litúrgica. Por ello, delegó su participación en su secretario personal y consejero teológico, G. Dossetti.

No obstante, puede decirse que Lercaro se convirtió en el cardenal protector del proyecto «la Iglesia de los pobres» con su famoso discurso sobre el esquema *De Ecclesia* del 6 de diciembre de 1962, la antevíspera de la clausura de la primera etapa conciliar, cuando propuso que el centro focal del Concilio fuera una Iglesia que anuncia el Evangelio a los pobres⁶⁹. Si Suenens y Montini habían urgido la necesidad de que la Iglesia en su dimensión *ad intra* y *ad extra* fuera el hilo directriz del Concilio, Lercaro abogó proféticamente por una Iglesia que prestara una atención especial al anuncio del mensaje de salvación a los pobres:

«Quiero decir que el misterio de Cristo en la Iglesia es siempre, pero sobre todo hoy, en nuestros días, el misterio de Cristo en los pobres, ya que la Iglesia, como dijo el Santo Padre Juan XXIII, es la Iglesia de todos, pero especialmente “la Iglesia de los pobres” (...). No cumpliremos debidamente nuestra tarea si no ponemos como centro y alma del trabajo doctrinal y legislativo de este Concilio el misterio de Cristo en los pobres y la evangelización de los pobres».

Aquella intervención en la XXXV Congregación general envolvió al cardenal de Bolonia en una aureola de liderazgo moral, ganando mucho crédito entre los obispos de las Iglesias jóvenes y misioneras del tercer mundo. En el cónclave celebrado a la muerte de Juan XXIII participaron 80 cardenales, 29 de los cuales eran italianos. En el curso de las votaciones, Ildebrando Antoniutti, el candidato de la minoría apadrinado por Ottaviani y Siri, no despegaba; por el contrario, tomaron la delantera los nombres de Lercaro y Montini. Finalmente, en la sexta votación, resultó elegido el cardenal de Milán. Pablo VI confirmó a Amleto Cicognani como Secretario de Estado y a Pericle Felici, como Secretario del Concilio. En la puesta a punto de los órganos de gobierno, Lercaro entró tardíamente a formar parte de la Comisión de coordinación, paso previo para su nombramiento como moderador. Aquella decisión de Pablo VI ha sido interpretada, años más tarde, por el cardenal Suenens en estos

⁶⁹ G. LERCARO - G. ALBERIGO (eds.), *Per la forza dello Spirito*, o.c., 113-122. Véase: C. LOREFICE, *Dossetti e Lercaro. La Chiesa povera e dei poveri nella prospettiva del Concilio Vaticano II*, Paoline, Milán 2011. J. PLANELLAS I BARNOSELL, *La Iglesia de los pobres en el Concilio Vaticano II*, Herder, Barcelona 2014, 55-63.

términos: «Cuando el cardenal Lercaro fue nombrado el cuarto moderador, esto no ocurrió por casualidad respecto a la conferencia episcopal italiana. El arzobispo de Bolonia era un hombre demasiado avanzado para poder ser considerado el representante de la conferencia episcopal de entonces»⁷⁰.

Desde la mesa de moderadores su influjo sobre la marcha del Concilio se incrementó de manera significativa. En este nuevo escenario la colaboración de Dossetti siguió siendo decisiva, sobre todo con vistas a la revisión del primer Reglamento conciliar⁷¹. Dossetti ha participado en las primeras reuniones de los moderadores, y a él se debe una primera formulación de aquellas cuestiones orientativas sobre el valor sacramental del episcopado, sobre la colegialidad, sobre la comunión y las relaciones con el poder primacial del pontífice, que votaron los padres el 30 de octubre de 1963⁷². Lercaro fue dando a conocer las verdaderas proporciones de su personalidad espiritual, pastoral y teológica a través de sus intervenciones conciliares y de varias conferencias fuera del aula.

C) LA ACTUACIÓN DEL MODERADOR Y PADRE CONCILIAR

El moderador italiano tuvo su primera intervención en el aula el 3 de octubre de 1963, cuando se estaba retomando el esquema sobre la Iglesia. Aquel día Lercaro dio muestras del gran vuelo teológico de sus planteamientos. Empezó criticando la pura y absoluta identidad entre cuerpo místico de Cristo y la realidad visible de la Iglesia católica, tal y como afirmaba aún el esquema de Philips, que en este punto repetía el esquema preparatorio de Tromp y de la encíclica *Mystici corporis*⁷³. A su juicio, la Iglesia como sociedad y el Cuerpo místico son la misma realidad en el orden esencial y querido por su Fundador; ahora bien, esa

⁷⁰ D. CLAES, «Cardinal L.J. Suenens and G. Lercaro and the Second Vatican Council», o.c., 247 (nota 52). P. GUEDA, *Il Card. Giuseppe Siri e la Conferenza Episcopale Italiana al Concilio Ecumenico Vaticano II*, Giunti, Florencia 2006.

⁷¹ G. ALBERIGO, «Giuseppe Dossetti al Concilio Vaticano II», en Íd., *Transizione epocale. Studi sul Vaticano II*, Il Mulino, Bolonia 2009, 393-502.

⁷² Para más detalles: A. MELLONI, «Procedure e coscienza conciliare al Vaticano II. I 5 voti del 30 ottobre 1963», en A. MELLONI - G. RUGGERI - M. TOSCHI, (eds.), *Cristianesimo nella storia. Saggi in onore di G. Alberigo*, Bolonia 1996, 313-396.

⁷³ AS II/2, 9-13. El texto italiano en *Per la forza dello Spirito*, o.c., 183-195. G. DOSSETTI, «Alcune linee dinamiche del contributo del Cardinale G. Lercaro», o.c., 120-125.

identidad no se verifica en el orden existencial e histórico, pues esos dos aspectos de la Iglesia, sociedad visible y cuerpo místico, no son siempre coextensivos. A la Iglesia como sociedad están incorporados plenamente aquellos que están unidos por el bautismo, la profesión de fe y forman parte del régimen constituido por el Papa y los obispos en comunión con él. Lercaro añadía algo muy importante: el bautismo, válidamente recibido, incorpora a la Iglesia como sociedad visible. Estas ideas, que hablan de la apertura ecuménica de Lercaro, constituyen el fundamento de su postura respecto de las Iglesias hermanas de Oriente⁷⁴.

Es interesante constatar que esta doble reflexión sugerida por Lercaro —la no identidad entre Iglesia visible y cuerpo místico y la consideración de los efectos del bautismo para la pertenencia a la Iglesia— han encontrado acogida en el texto final de la constitución sobre la Iglesia (LG 8.15, respectivamente). Hay un tercer aspecto decisivo considerado en aquel discurso: la relación esencial entre Iglesia y eucaristía. Esta reflexión inspirada en Ignacio de Antioquía ponía las bases de la llamada eclesiología eucarística, de gran trascendencia para reforzar la débil y difusa teología de la Iglesia local presente en el documento conciliar. También proponía integrar en la doctrina de la Iglesia las imágenes de la *nueva humanidad* y la *nueva creación* en Cristo Jesús. Y concluía hablando la presencia dinámica de la Iglesia en este mundo en el modo del testimonio del Evangelio (*martyria*), del servicio a los más pobres (*diakonia*), de la misión. A juicio de Dossetti, estos tres modos o condiciones radicales de la Iglesia forman parte del pensamiento más personal de Lercaro, porque «el ser de la Iglesia no es sólo y principalmente estructura, sino también *dynamis*»⁷⁵. Enseguida veremos su proyección en el llamado esquema XIII, sobre la Iglesia en el mundo de hoy.

Otra intervención del cardenal de Bolonia, de naturaleza eclesiológica, tuvo lugar el 8 de noviembre, cuando se debatía el esquema sobre los obispos⁷⁶. La reciente votación sobre las cinco cuestiones orientativas había sido atacada por algunos miembros de la curia; otros padres habían pedido una reforma de la curia que parecía minar el primado del papa. En aquel momento se habían avanzado algunas propuestas

⁷⁴ Véase la conferencia del 11 de noviembre de 1964 en el Colegio griego de Roma (*Per la forza dello Spirito*, 231-252).

⁷⁵ G. DOSSETTI, «Alcune linee dinamiche del contributo del Cardinale G. Lercaro», o.c., 125.

⁷⁶ *Ibid.*, 139-143.

sobre un órgano que continuase una especie de representación permanente del cuerpo episcopal, un *tertium quid* entre el oficio pastoral de los obispos y la curia romana. Los representantes de la minoría no eran partidarios de ese nuevo órgano. En esta situación crítica se produjo la intervención de Lercaro, preparada de consuno por los cuatro moderadores⁷⁷, con la intención de apaciguar los ánimos. En aquel discurso recordó, en primer lugar, que la reforma de la curia era competencia del Pontífice; seguidamente, hizo la propuesta de que el Concilio designara una comisión especial que estudiara la forma de asociar al episcopado al gobierno de la Iglesia. Esta iniciativa está a la base de la creación de un sínodo de los obispos, por un *motu proprio* de Pablo VI, el 15 de septiembre de 1965.

Para valorar la actuación conciliar de nuestro prelado es oportuno dejar constancia de dos informes que le fueron solicitados por Pablo VI. El primero de ellos, del 15 de noviembre de 1963, trazaba un cuadro de las actividades conciliares realizadas y pendientes. Inicialmente, esta relación estuvo destinada a los miembros de los órganos directivos del Concilio, pero el Papa decidió que fuera distribuido entre todos los padres conciliares. Aquel documento insistía en la necesidad de adecuar el trabajo de las comisiones a las orientaciones que emergían del aula conciliar⁷⁸. El segundo informe tiene que ver con el tema de la pobreza de la Iglesia y en la Iglesia y de la prioridad de la evangelización de los pobres. Aunque eran varios los cardenales que frecuentaban las reuniones del grupo «la Iglesia de los pobres» (Gerlier, Marthy, Liénart, entre otros), Pablo VI tomó a Lercaro como interlocutor. El grupo que se reunía en el Colegio Belga había ido elaborando una serie de materiales. Pablo VI le encargó en otoño de 1963 que examinara aquella documentación para ver qué es lo que se podía incorporar a las constituciones y decretos del Concilio. Después de trabajar con un grupo de once obispos, Lercaro pudo enviar un documento al Secretario de Estado el 19 de noviembre de 1964, muy rico en sugerencias prácticas, donde atisbaba que el bienestar de la sociedad opulenta está destinado inevitablemente a un ateísmo práctico generalizado⁷⁹. Se pueden reconocer estas inquietudes

⁷⁷ G. LERCARO, *Lettere dal Concilio*, o.c., 212.

⁷⁸ *Per la forza dello Spirito*, 253ss. Cf. G. ALBERIGO, «L'evento conciliare», en *Giacomo Lercaro, vescovo della Chiesa di Dio (1891-1976)*, o.c., 127-128.

⁷⁹ *Per la forza dello Spirito*, o.c., 171ss. Cf. G. ALBERIGO, *L'esperienza conciliare di un vescovo*, o.c., 46-48. Véase: J. PLANELLAS, *La Iglesia de los pobres en el Concilio*

lercarianas en algunos pasajes de los documentos conciliares, especialmente en el artículo 8 de *Lumen gentium* y en el parágrafo 5 del decreto *Ad gentes*.

Casi inmediatamente después de la aprobación y promulgación de la primera constitución conciliar, *Sacrosanctum Concilium*, Pablo VI creó una comisión para aplicar la reforma litúrgica, nombrando como presidente al cardenal Lercaro. He aquí otro dato de la excepcional confianza mostrada por Montini hacia el cardenal de Bolonia. La liturgia, como hemos visto, era un elemento fundamental en la estrategia pastoral de aquel hombre. En este sentido, G. Dossetti concede un valor excepcional a la conferencia que pronunció en Beirut, sobre «Liturgia y ecumenismo», el 11 de abril de 1964⁸⁰. En medio de la pluralidad y complejidad étnica, cultural y política del Líbano, con presencia de varias confesiones cristianas, nuestro prelado habló de la vocación interreligiosa y de la vocación ecuménica de aquel país, con una tarea de mediación entre oriente y occidente. En aquel contexto abogaba por una reforma litúrgica que se adaptara a las culturas locales, respetando el núcleo esencial e inviolable del culto cristiano. Finalmente, ponía de relieve el fondo eclesiológico de la constitución litúrgica que establece un límite a la adaptación de un culto que quiera seguir siendo cristiano, de modo que emerja siempre el único adorado, el Padre de Jesucristo, y el único adorador, el Hijo encarnado, Jesús, el único mediador entre Dios y los hombres. Cristo se hace presente en cada asamblea cultural y eclesial concreta reunida por la Palabra de Dios bajo la guía del Espíritu Santo.

Su planteamiento de las relaciones Iglesia-mundo exhibe una originalidad que ya estuvo implícita en su intervención del 3 de octubre de 1963 y tiene que ver con el testimonio, el servicio y la misión, como nódulos de la *dynamis* de la Iglesia. El cardenal tomó la palabra al comenzar el primer debate sobre el esquema XIII, el 20 de octubre 1964, y empezó poniendo en guardia contra las expectativas desmedidas que aquel documento había suscitado, de manera especial en la prensa⁸¹. A su juicio, el debate debía ser profundizado y prolongado en una cuarta

Vaticano II, o.c., 141-150. N. TANNER, «La Iglesia en el mundo (*Ecclesia ad extra*)», en *Historia del Concilio Vaticano II*, vol. IV, 353-356.

⁸⁰ *Per la forza dello Spirito*, o.c., 85-102. Cf. G. DOSSETTI, «Alcune line dinamiche del contributo del Cardinale G. Lercaro», o.c., 108-113.

⁸¹ *Per la forza dello Spirito*, o.c., 215-223. Cf. G. DOSSETTI, «Alcune line dinamiche del contributo del Cardinale G. Lercaro», o.c., 125-127.

etapa conciliar, y denunciaba una visión prevalentemente occidental y europea. La auténtica contribución de la Iglesia en el mundo debía nacer de una nueva conciencia de la Iglesia sobre sí misma y de su renovación interna a todos los niveles, sobre todo, bajo el aspecto de la simplicidad y de la pobreza evangélica. Así se asemejaría a una antorcha puesta sobre el monte, capaz de desplegar su diaconía de conocimiento, de comprensión, de comunión, de salvación, respecto de la humanidad entera en su actual situación histórica.

El arzobispo de Bolonia volvió a intervenir en el debate sobre el esquema XIII pocos días después, el 4 de noviembre, para hablar de las relaciones entre la cultura y la Iglesia, como un modo de liberar la *dy-namismis* de la Iglesia⁸². Entre otras cosas, evocó la gran tradición de los obispos doctores, es decir, de aquellos pastores que han sido verdaderos maestros porque han hecho una experiencia del Dios de Jesucristo, y de la que han tomado la inspiración para ejercer el gobierno y el magisterio. Esta tradición debe integrar la nueva figura de los laicos teólogos empeñados en corazón mismo de la cultura sagrada. Por este camino los hombres de la cultura podrán encontrar la teología, esto es, la sabiduría de Dios. En el transcurso de la última etapa conciliar no se produjo ninguna intervención de Lercaro en el aula. Si bien había preparado un discurso relativo al tema de la paz, correspondiente al capítulo último de la segunda parte de la constitución pastoral *Gaudium et spes*.

Recapitulando: el cardenal Lercaro habría vivido el Concilio desde su peculiar y singularísimo *sensus fidei* de su honda visión litúrgica, una condición que lo distingue de otros padres conciliares de una manera muy específica. El Concilio era además una gran ocasión para ponerse a la escucha del Espíritu, un tiempo que el arzobispo de Bolonia ha vivido como un momento peculiar de la historia de la salvación, porque recapitulaba en sí otros momentos precedentes para ser un momento operativo que insertaba en la historia de los hombres la presencia actual y operante del Cristo glorioso en su Iglesia. Un capítulo esencial era la recuperación del misterio de la Iglesia y de la función del episcopado en ella. De la *dy-namismis* de la Iglesia, entretejida de testimonio y diaconía, brotaban sus reflexiones sobre la constitución pastoral, es decir, sobre la presencia de la Iglesia en el mundo moderno, sobre el evangelio de la

⁸² *Per la forza dello Spirito*, o.c., 226-230.

paz y de la pobreza. De este modo, Lercaro vivió el Concilio «como una única y gran liturgia»⁸³.

4. RECAPITULACIÓN Y CONCLUSIÓN: EL CONCILIO DE SUENENS Y EL CONCILIO DE LERCARO

Al final de esta reconstrucción del itinerario personal y conciliar de Suenens y de Lercaro podemos sacar algunas conclusiones sobre la marcha interna del Concilio Vaticano II. La primera: el cardenal italiano no estuvo implicado en la preparación del Concilio y no tenía la visión sistemática del cardenal belga, pero sí algunas intuiciones muy de fondo, de gran vigor teológico y espiritual, que forman parte del mejor legado conciliar. Suenens, por su parte, desempeñó un papel capital en el Concilio. Su sucesor en la sede de Malinas-Bruselas, el cardenal Danneels, hizo públicas estas palabras del Papa S. Juan Pablo II durante una celebración de despedida: «El Cardenal Suenens ha ejercido un papel decisivo durante el Concilio Vaticano II y la Iglesia universal le debe mucho»⁸⁴.

El liderazgo de Suenens exhibe notables cualidades diplomáticas que han permitido dar coherencia a los trabajos iniciales del Concilio: su discurso del 4 de diciembre de 1962, proponiendo un plan de concilio, tuvo un influjo decisivo para la reducción de los esquemas preparatorios; más tarde, volvió a mostrar esas dotes de estrategia cuando consiguió que la Comisión de Coordinación aprobara el texto sobre la Iglesia de G. Philips, de modo que este proyecto pasara a ser el único examinado por la Comisión doctrinal.

El género de liderazgo de Lercaro se percibe ya en su primera reacción en el aula ante aquel texto, el llamado esquema Philips. En su intervención del 3 de octubre de 1963 manifestó la escasa satisfacción de aquellos padres de la mayoría que habrían esperado un abandono completo del contenido del esquema preparatorio, es decir, una reflexión radical sobre el tema de la Iglesia desembarazada del antiguo esquema⁸⁵. El texto de Philips, que tenía en Suenens su principal valedor, había

⁸³ Cf. G. DOSSETTI, «Alcune linee dinamiche del contributo del Cardinale G. Lercaro», 103-104.

⁸⁴ *Recuerdos y esperanzas*, 338.

⁸⁵ J. GROOTAERS, «Diversité des tendances à l'intérieur de la majorité conciliaire. Gérard Philips et Giuseppe Dossetti», en *The Belgian Contribution*, o.c., 547-549.

buscado retener algunos puntos del viejo esquema capaces de ganar la adhesión de sectores más amplios dentro de la heterogénea asamblea conciliar. Como en tantas ocasiones, se asiste a un conflicto de intereses entre lo posible y lo ideal.

Ahora bien, ¿qué fue del plan de Suenens en la marcha general del Concilio? Es claro que en su desarrollo y evolución final el Vaticano II no siguió a pies juntillas el proyecto diseñado por el cardenal belga. Todo arranca de la singular relación entre el cardenal belga y el papa S. Juan XXIII. No en vano el tópico periodístico le asimilaba al evangelista Marcos, en calidad de ser amigo de Pedro. Aquella relación queda bien reflejada en unas confesiones que el Papa Bueno le hizo a Suenens:

«Usted me dio, en los primeros comienzos, ideas muy luminosas sobre el Concilio, y después nos pusimos a trabajar en medio de un gran desorden. Pues bien, lo que más he apreciado, de manera muy particular, es que, en esos momentos, no hizo usted fuerza para hacer prevalecer sus ideas: no era el momento. Eso me produjo una gran admiración. Es un honor para usted no haber querido forzar las cosas. Ahora que ha sido adoptado el plan es cuando ha llegado el momento»⁸⁶.

Estas palabras se sitúan al final del primer período de sesiones. En realidad, el auténtico mérito del plan de Suenens se puso de manifiesto cuando Juan XXIII designó una Comisión de Coordinación a mediados de diciembre de 1962 que redujo a un número de veinte los esquemas preparados. Aquel grupo de trabajo era una sugerencia remitida al Papa en la carta del 16 de mayo, cuando le presentó por vez primera su plan. Además, aquella reorganización del trabajo dio lugar a una reelaboración profunda de algunos textos. Dentro de aquel grupo y por voluntad del Papa, a Suenens le fueron confiados «el esquema sobre la Iglesia *ad intra*, que se iba a convertir en la *Lumen gentium*, y el esquema sobre la Iglesia *ad extra*, que se iba a convertir en la *Gaudium et spes*. La designación de Juan XXIII —escribió Suenens— obedecía al hecho de que quería permitirme insertar las sugerencias presentadas por mí en el plan del Concilio»⁸⁷.

Este último comentario quizás pueda dar la impresión de que Suenens sobrevalora el apoyo del Papa hacia su plan. Sin embargo, el

⁸⁶ *Ibid.*, 118. M. LAMBERIGTS - L. DECLERCK, «The Role of cardinal Léon-Joseph Suenens at Vatican II», o.c., 87-88.

⁸⁷ *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 107.

cardenal de Malinas era muy consciente de lo delicado de la situación en la primera intersesión, así como de las resistencias al *aggiornamento*. Así se desprende de su última carta a Juan XXIII, del 19 de febrero de 1963, donde le informaba de los trabajos de su Comisión:

«Es ahora, en el intervalo, cuando se juega la suerte del Concilio en cuanto a la materia que debe ser sometida a discusión y en cuanto a su duración. Por lo que toca a la materia, me parece que la Comisión ha realizado una excelente selección, aunque habrá que velar por su ejecución. En cuanto a la duración, será esencial que, tras la experiencia de la primera sesión, se proceda a retocar el reglamento, que ha sido concebido de una manera demasiado formalista y jurídica, que no ha satisfecho a nadie (...). El punto central ya está conseguido, puesto que el tema central será: *Ecclesia Christi, lumen gentium*»⁸⁸.

La redacción del esquema *De Ecclesia* siguió sus propios derroteros, mientras que en los temas que aborda la segunda sección de la constitución pastoral *Gaudium et spes* es perfectamente reconocible los graves asuntos mencionados en el plan Suenens (sociedad familiar, economía, política, paz internacional). Del primer documento, de forma retrospectiva, ha hecho esta valoración:

«La historia de *Lumen gentium* incluye, en negativo, la eliminación del esquema preparado por la Curia, y, en positivo, la laboriosa redacción del documento que fue adoptado. (...) Se trataba, en realidad, de un enfrentamiento entre dos concepciones de la Iglesia. El Santo Oficio había elaborado un esquema impregnado de una eclesiología muy marcada por el aspecto canónico y estructural de la Iglesia, sin poner de relieve de manera prioritaria sus aspectos espirituales y evangélicos. Se trataba, a nuestro modo de ver, de pasar de una eclesiología jurídica a una eclesiología de comunión centrada en el misterio mismo de la Iglesia en sus profundidades trinitarias»⁸⁹.

En la marcha del Concilio, conforme a su lema episcopal —*En el Espíritu Santo y con María*—, sabe que las cosas estaban en manos de Dios: «No se trata aquí de un pasado ya superado: tenemos que prolongar el misterio en la Iglesia, a través de todos los tiempos, y no disociar nunca la Iglesia institucional de la Iglesia carismática: dos aspectos de una misma realidad»⁹⁰.

⁸⁸ *Ibid.*, 109.

⁸⁹ *Ibid.*, 143.

⁹⁰ *Ibid.*, 65.

En estas palabras puede quedar sintetizado el legado más perdurable del cardenal belga, que piensa el Concilio desde la polaridad *Lumen gentium* (Iglesia *ad intra*) y *Gaudium et spes* (Iglesia *ad extra*). Ciertamente, el prelado italiano compartía con Suenens la preocupación por recolocar los grandes temas conciliares en un cuadro doctrinal unitario y sistemático, donde lo más característico es la religación, con gran originalidad, de la reforma litúrgica, la unidad de los cristianos y la noción de Iglesia. Su colaborador e intérprete, G. Dossetti, habla de un «cuadrilátero textual del Vaticano II» compuesto por la constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina revelación; la constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia; la constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia; el decreto *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo⁹¹. Estos cuatro documentos ponen en estricta conexión el fundamento de nuestra fe: la revelación suprema del Dios uno y trino en Jesucristo, su Hijo unigénito, muerto y resucitado que sigue presente y operante a través de su Espíritu, en su Palabra y en su Iglesia.

A partir de la reflexión sobre el misterio de Cristo, tal y como se presenta en esos cuatro documentos estrechamente conexos entre sí, se puede recabar la clave primaria de lectura del ser y actuar de Lercaro como padre conciliar, que reposa sobre la lúcida certeza de una jerarquía de verdades en la doctrina católica. Esta convicción le permite una adhesión a la doctrina conciliar en su conjunto, de una forma graduada, así como gran libertad de juicio a la hora de valorar sus límites.

Así, desde el principio de la «jerarquía de verdades» (UR 11), se puede valorar más adecuadamente su aportación a la constitución sobre la liturgia, la primera constitución aprobada por el Concilio. Él fue el presidente de la comisión que debía encargarse de la primera ejecución de la reforma litúrgica, entendida en toda su profundidad: una nueva teología y una nueva espiritualidad del misterio litúrgico, sobre todo, de la Eucaristía, en su conexión vital con todo el misterio de Cristo y con el misterio de la Iglesia. Dicho en una frase tomada del texto conciliar: la liturgia es «el culmen hacia el que tiende la acción de la Iglesia y la fuente de la que mana toda su vida» (SC 10).

Desde aquí se accede al ámbito propio de otros dos documentos del cuadrilátero fundamental del Vaticano II, la constitución sobre la revelación y la constitución sobre la Iglesia, dos temas que nuestro moderador

⁹¹ G. DOSSETTI, «Alcune line dinamiche del contributo del Cardinale G. Lercaro», o.c., 106.108.

ha seguido con gran interés a lo largo de los debates. Al primero, de hondas repercusiones ecuménicas, era muy sensible desde sus estudios bíblicos y desde su convencimiento práctico de la importancia de la Escritura en la vida de los cristianos. Lercaro introdujo en el Concilio la clave de «la Iglesia de los pobres», que, a juicio de Dossetti, permite anudar los otros objetivos primarios del Concilio, que son la apertura al mundo moderno y la unidad de los cristianos⁹². La vía de la evangelización de los pobres ayuda a descubrir el último objetivo del Concilio, que es la presencia de la Iglesia en el mundo entero. Queda ahí sembrada una semilla, abonada por la amistad que Lercaro sostuvo con algunos de los representantes más señeros de ese tercer mundo en el concilio, como los obispos H. Câmara y M. Larraín, que preludia y anticipa el desarrollo postconciliar en la línea de Medellín y Puebla⁹³.

De la *dynamis* de la Iglesia brota, como hemos visto, la consideración sobre el esquema XIII, que llegó a ser la constitución pastoral, *Gaudium et spes*. En su intervención sobre la Iglesia y la cultura, Lercaro apuntaba un tema también muy querido para Suenens, que es a su vez el impulso directriz del Concilio Vaticano II: la universalidad del Evangelio. En la Roma conciliar los episcopados de las viejas Iglesias de Europa han hecho la experiencia del cristianismo extra-europeo, asistiendo al protagonismo incipiente de las nuevas Iglesias, latinoamericanas, africanas, asiáticas.

Los moderadores Suenens y Lecaro son ejemplo de una colaboración institucional nacida de una comunión de intereses eclesiológicos, como son la nueva concepción del misterio de la Iglesia, la colegialidad episcopal y la actividad misionera de la Iglesia en el mundo moderno. Con todo, de la libertad profética de Lercaro han brotado sus críticas hacia la profundidad teológica del esquema XIII, un pesimismo que seguramente Suenens no compartía, porque él estaba convencido de que el Concilio pasaría a la historia por esa orientación de la Iglesia *ad extra*⁹⁴.

En una mirada retrospectiva al Vaticano II el prelado belga concentraba su atención en la constitución sobre la Iglesia, *Lumen gentium*⁹⁵.

⁹² *Ibid.*, 117.

⁹³ S. SCATENA, *In populo pauperum. La Chiesa latinoamericana dal Concilio a Medellín (1962-1968)*, Il Mulino, Bologna 2008.

⁹⁴ G. TURBANTI, «L.-J. Suenens, G. Lercaro e G. Dossetti», o.c., 275.

⁹⁵ Cf. *Recuerdos y esperanzas*, o.c., 353-359. Este mismo texto se lee en: L.J. KARDINAL SUENENS, «Das II. Vatikanische Konzil 20 Jahre später», en E. KLINGER - K.

En esta temática merece la pena subrayar la profundidad de la mirada de Lercaro, que anticipa algunas intuiciones que han sido desarrolladas en el tiempo posconciliar al releer la eclesiología del Vaticano II, en particular la noción de Iglesia local, fundada y comprendida en el marco de una eclesiología eucarística. Es notable su reflexión sobre la Iglesia local: la tríada sacramental —bautismo, eucaristía, episcopado—, delinea la ontología más profunda de la Iglesia, como misterio y como cuerpo visible. En esta, y otras intuiciones, como la propuesta inicial sobre la Iglesia de los pobres o la que hiciera acerca del sínodo de obispos, el arzobispo de Bolonia trazaba —a juicio de Alberigo— «la frontera más avanzada de la mayoría» conciliar⁹⁶.

A la luz de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del Papa Francisco podemos destilar en dos fórmulas sintéticas el legado unitario de estos dos grandes protagonistas del Vaticano II: por un lado, el deseo pastoral de Suenens de poner a la Iglesia en estado de misión pervive en el proyecto renovador de una «Iglesia en salida misionera»; al mismo tiempo, el mensaje de Lercaro resuena en la firme voluntad papal: «quiero una Iglesia pobre y para los pobres».

WITTSATDT, *Glaube im Prozess*, o.c., 182-194. Véase: S. MADRIGAL, «Recuerdos y esperanzas del cardenal Suenens», en *Memoria del Concilio*, o.c., 69-101.

⁹⁶ D. CLAES, «Cardinal L.J. Suenens and G. Lercaro and the Second Vatican Council», 253.

